

dejar de sonreírme, dice Channing, cuando oigo pretensiones de inmortalidad, ya de parte del catolicismo, ya del protestantismo ó de otra forma cualquiera del cristianismo. Como si el espíritu humano se hubiera agotado en los primeros esfuerzos de su infancia. ¡Como si una ó dos generaciones pudiesen ligar por la eternidad las fuerzas de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad! (1). Implica un contrasentido la pretensión de la eternidad ó de la inmutabilidad de las religiones: son la expresión de la cultura intelectual y moral de una época histórica; y siendo la civilización progresiva, ¿cómo pudieran las religiones permanecer inmutables? Aun suponiendo que el cristianismo fuera revelado, habría Dios debido ponerlo en armonía con las necesidades del género humano en el momento en que fué predicado; ¡estas necesidades cambian, y se quiere que subsista lo mismo la fe cristiana! ¿Somos acaso todavía los Romanos ó los Griegos del imperio? ¿Somos aún los Bárbaros de la Edad Media? Si viniera Jesucristo á anunciar la *buena nueva* en el siglo XIX, ¿emplearía todavía el lenguaje que le atribuyen los Evangelios? ¿Pasaría su vida en expulsar demonios é impondría á sus apóstoles la misión de expulsarlos? ¿Predicaría aquel espiritualismo exagerado que llevó á millares de hombres fuera de la sociedad, á los desiertos y á los claustros? Evidentemente no, porque nadie cree ya en los demoniacos, ni creemos tampoco que sea necesario para labrar nuestra salvación huir de los hombres, en medio de los cuales estamos destinados á vivir. ¿Por qué, pues, se quiere que la predicación evangélica sea inmutable? ¿No es ese el medio más seguro de hacerla ineficaz? ¿Por qué ha desertado el espíritu moderno del cristianismo tradicional? ¿No es porque se pretende inmovilizarlo? Semejante religión es buena para momias; no puede ser la religión de los hombres vivos.

Llegamos á una conclusión diferente de la de Guizot. Si se admite que el cristianismo tradicional, católico ó protestante, es inmutable, el problema de la conciliación entre la religión y la sociedad moderna se hace insoluble; las dificultades, ó, por mejor decir, las imposibilidades van acumulándose á medida que avalza el espíritu huma-

(1) CHANNING, *sur le Catholicisme* (CHANNING, *Werke*, übersetzt von SCHULZE und SYDOW, t. VII, p. 163).

no, modificando su sentimiento y sus ideas, mientras que la religión destinada á gobernar las almas no cambia; y llegará necesariamente el momento en que los hombres no comprenderán ya la religión, y la religión no comprenda á los hombres. Ese momento ha llegado para el catolicismo romano y para el protestantismo ortodoxo. Pero si se admite que las formas religiosas se modifican con las necesidades intelectuales y morales, entonces puede recibir el problema una solución sin que intervenga un milagro. La revolución se cumple á nuestra vista en el seno del protestantismo: el fin de este *Estudio* es darla á conocer á los que, católicos de nombre, son en el fondo librepensadores, pues por ellos debe penetrar la revolución en el catolicismo; que la iniciativa no vendrá ciertamente de las momias que residen en Roma y ocupan nuestras sillas episcopales. Hay otros católicos que el papa y los obispos. Ya hemos dicho en otra parte cuáles son las aspiraciones de los católicos liberales (1): tratan en vano de conciliar sus convicciones religiosas con sus convicciones políticas; ya no son católicos á la manera del papa en la vida civil; el papa les ha dirigido solemnes advertencias; mas continúan su camino como si no hubiera Encíclicas; permanecen católicos, pero sólo de nombre; si lo fueran de creencia, creerían lo que cree el papa, y creen todo lo contrario; son, pues, apóstatas, y tarde ó temprano abandonarán la Iglesia á que ya sólo en apariencia pertenecen.

No se trata de dos ó tres escritores que puedan en rigor someterse ó guardar silencio; el mal es mucho más grande, afecta á las entrañas del catolicismo y se difunde en los países más católicos. Vamos á consignar el hecho por el testimonio de los ortodoxos más autorizados. Se publica en Roma una revista redactada á la vista del papa: la *Civiltà Cattolica* es el monitor del papado. Oigamos á los reverendos padres. Confiesan que hay muchos que se creen de buena fe católicos y que están infectos, sin embargo, de la herejía del siglo. ¿En qué consiste su herejía? En sostener que la Iglesia no debiera ocuparse sino en los negocios espirituales, que yerra en mezclarse en la política, que haría bien en renunciar al espíritu de dominación que pertenece á otra edad y encerrarse en el santuario. Detengámonos un instante para decir á los padres

(1) Véase el *Estudio sobre la reacción religiosa*.

jesuitas que han olvidado su Evangelio. ¿No son, en efecto, discípulos más fieles del Cristo los que se tachan de herejes que los que toman el título de Compañía de Jesús? ¿No dijo el Maestro que era preciso dar al César lo que es del César? ¿No dijo que su reino no es de este mundo? Los que pretenden que la Iglesia debe mezclarse en la política y dominar sobre pueblos y príncipes, ¿son acaso discípulos de Aquel que decía á sus apóstoles: No dominaréis como hacen los grandes del mundo? Se ve desde luego que la lucha religiosa que agita á la sociedad está empeñada entre el cristianismo de Jesucristo y el falso cristianismo que reina en Roma.

Prosigamos. La *Civiltà* nos enseña además que esos falsos católicos reprueban el monaquismo, como una institución inútil, condenada por la opinión pública. Esto es más serio. El monaquismo ha sido exaltado siempre por los verdaderos fieles como el ideal de la perfección evangélica, y no hay sobre esto más que una voz unánime entre los Padres de la Iglesia. Si muchos católicos consideran inútiles los monasterios, y si aun hay quienes los maldicen como una explotación de las familias en provecho de la ociosidad ó de la ambición clericales, es lo cierto que esos fieles no son católicos como lo eran los Padres griegos y latinos, como lo eran los monjes de la Edad Media, como lo son todavía los raros discípulos que tienen en nuestro tiempo. Pero si se apartan de la letra de los preceptos evangélicos, no están más en su espíritu que los aparecidos que encontramos en nuestras calles, espectros de otra edad que no tardarán en pasar por máscaras. ¿No es la caridad la esencia del cristianismo de Jesucristo? Y ¿dónde hay que ejercer esta virtud, en la soledad de un convento ó en las relaciones sociales que crea la vida del mundo? Si Jesucristo reapareciera, ¿se haría capuchino ó dominico?

Los falsos católicos, prosigue la *Civiltà*, pretenden que la Iglesia, tal como está constituida, es un obstáculo para la civilización; que allí donde reina, en España y en Italia, las artes y las ciencias, la industria y el comercio están en decadencia, mientras que Alemania é Inglaterra hacen maravillosos progresos en la cultura material, intelectual y moral. Hé ahí un punto decisivo. Esto es reprochar al cristianismo tradicional que es una religión del otro mundo, que es extraña á las ne-

cesidades de la vida real, lo cual implica que necesitan los hombres una religión que comprenda la realidad de las cosas, que simpatice con las aspiraciones de la libertad, con el desarrollo de la ciencia, con los prodigios de la industria. Nada de esto existía cuando Jesucristo predicó la *buena nueva*; mas tendría sin duda en cuenta esta inmensa revolución si predicara en el siglo XIX: no es obrar, pues, conforme á su espíritu pretender que la religión se armonice con la sociedad tal como está formada.

Pregúntase la *Civiltà* por qué hay tantos falsos católicos, y se responde que la causa del mal es que se mezclan los fieles con los protestantes y con los librepensadores en todas las relaciones de la vida social: hombres que viven juntos tienen por necesidad que tolerarse mutuamente; y de aquí á la indiferencia en materia religiosa, la pendiente es rápida y fatal. Hé ahí por qué en todas las clases de la sociedad y en todos los países existe esta funesta convicción de que basta, para salvarse, ser hombre honrado. Los papas, y especialmente Gregorio XVI y Pío IX, han hecho esfuerzos heroicos por contener el mal; pero ¿quién puede ir contra la fuerza de las cosas? dicen los reverendos padres. Al término del camino por que marcha la cristiandad, se encuentra el libre pensamiento: se mantienen católicos en apariencia, van á la iglesia á confesar y á comulgar, pero fuera de ésta se abandonan al libertinaje de la inteligencia (1). Esa es la confesión más grave, porque, atestiguando que el libre pensamiento penetra hasta en las entrañas de la Iglesia, prueba al propio tiempo que el mal deplorado por los partidarios de lo pasado es irremediable; ¿qué digo? va creciendo. ¿O es que los jesuitas de la *Civiltà* esperan romper las relaciones sociales encerrando á los católicos en un campo y dejando á los no católicos en otro? Así se intenta; pero á esas vanas tentativas responderemos con la misma *Civiltà*: ¿quién puede ir contra la fuerza de las cosas? Hay otro remedio más radical, extirpar la Reforma y el libre pensamiento. En ello trabajan los jesuitas: ¿lo lograrán? Es como si preguntáramos si dejará el sol de prestarnos luz y calor porque molestara la luz á algunos aficionados á las tinieblas.

No, el mal, por lo contrario, gana terreno, y se

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. III, p. 513-520.

extiende, dicen los ortodoxos, como la peste. Los obispos se lamentan en sus pastorales de que hay fieles que, practicando los deberes que la Iglesia les impone, son indiferentes á sus destinos, y aun hostiles á sus empresas (1). ¿Continuarán estos católicos indiferentes, hostiles, practicando el catolicismo? Si tienen fe, están en contradicción consigo propios; mas en realidad no la tienen, porque si la tuvieran, no serían ni indiferentes ni hostiles. Se hallan en la pendiente del libre pensamiento; y empleamos esta vaga expresión, porque esa indiferencia y esa hostilidad conducen, ya á la incredulidad, ya á una fe superior. El presente *Estudio* se dirige especialmente á los que sienten la necesidad de creer y no pueden ya creer lo que confiesa la Iglesia. ¿Cómo salir de esta angustiosa situación? No conocemos más que dos medios que, á decir verdad, se confunden en uno: reformar el catolicismo ó afiliarse al protestantismo racionalista. Hay en la sociedad católica aspiraciones, votos, deseos que tienden á una renovación religiosa. En ellos debemos detenernos, aunque no hayan dado resultado: son una señal de los tiempos. Si se probara que el catolicismo es irreformable, no quedaría más que el otro medio: dar la mano al protestantismo liberal. Poco importa que el camino sea incierto; la revolución misma que debe transformar el cristianismo tradicional no lo es. El catolicismo se transformara ó perecerá.

§ II.—Los proyectos de reforma.

N.º 1.—Francia.

I

Francia no tiene genio para las reformas lentas y sucesivas; le gusta proceder por movimientos súbitos que estremecen el mundo: es la patria de las revoluciones. Háse preguntado por qué no abra-

(1) *Mandement de l'évêque de Liège de 1860 (Le Bien public, du 6 mars 1860)*: «Hay una clase de cristianos débiles ó indiferentes... Ecos sin razón de todas las preocupaciones, de todos los errores, de todas las críticas, de todas las blasfemias que propala la boca del impío, condenan la religión que profesan todavía, la Iglesia de quien se reconocen hijos, los pastores de quienes se dicen ovejas, porque su oído, siempre abierto á los que atacan y vilipendian la religión y la Iglesia y los pastores, se cierra siempre á los que los defienden y los vengán... Incredulos ó desconfiados, cuando el jefe de la Iglesia ó la autoridad episcopal hablan, aceptan sin examen las falsedades, los errores, los engaños que propalan los enemigos de la Iglesia.»

zó el protestantismo en el siglo XVI. La ruda guerra que hizo á los reformadores la monarquía no es una explicación satisfactoria, porque la lucha y el combate son un atractivo para esta raza batalladora. Si el pueblo revolucionario por excelencia no siguió á los hugonotes, fué porque la Reforma no era una revolución bastante radical para su pasión de novedades; dos siglos más tarde tuvo Francia su revolución religiosa al mismo tiempo que su revolución política, y fué la una tan excesiva como la otra: los hombres del 93 abolieron de una plumada el cristianismo para reemplazarlo por la religión natural. No tardó en sobrevenir la reacción. Las creencias católicas, alarmadas, fanatizadas, encendieron la horrible guerra de la Vendée. Voltaire y Rousseau reinaban en las clases letradas, pero la Iglesia conservaba todo su imperio sobre las clases inferiores.

Esto explica justamente el favor que parece hallar el catolicismo en la patria de Voltaire y la insignificancia del movimiento reformador que se ha producido en nuestros días. Existía en Francia un germen de reforma católica: el galicanismo no era el catolicismo tal como se entiende en Roma; los ultramontanos puros le reprochan estar en la pendiente del cisma, y el cisma es hermano de la herejía. Los reformadores modernos se apoyan en esta tendencia de la nación francesa á formarse un catolicismo aparte: «El galicanismo, dicen, es el liberalismo en la Iglesia, es la bandera de la reforma católica y del progreso religioso, y es una gloria para Francia haberla bautizado con su nombre», (1). Bossuet no habría reconocido esta bandera; pero había un galicanismo más radical que el suyo, y que se enlaza con la tradición de los grandes concilios que trataron en el siglo XV de introducir la libertad y la democracia en el seno de la Iglesia, prevaleciendo de la constitución primitiva de las comunidades cristianas. Este movimiento se abrió paso después de la Revolución del 89. La Iglesia constitucional realizaba el ideal de los que pensaban como Gerson y Richer; y por esto se atrajo una parte considerable de los ministros del culto que el viejo régimen llamaba, en su orgullo aristocrático, el bajo clero. No había cambiado nada en el dogma; mas por el mero hecho de que el cle-

(1) BORDAS-DEMOULIN et HUET, *la Réforme catholique*, página 151.

ro constitucional aceptaba francamente, y algunos con entusiasmo, la libertad política, estaba en la pendiente del libre pensamiento; y habría llegado á ella, si Napoleón, que no amaba más la libertad en la Iglesia que en el Estado, no hubiera puesto fin á la Iglesia constitucional, restableciendo el catolicismo galicano. Esto era un primer paso en el camino de la reacción religiosa, y las reacciones, como las revoluciones, no se detienen sino cuando han recorrido todas las fases del movimiento que las ha provocado. Hoy el galicanismo parece muerto, no existe más que en las leyes; el clero casi por completo es ultramontano.

El ultramontanismo no ha sido jamás simpático á Francia, y acabará por sublevar el espíritu de nacionalidad, tan poderoso en la raza francesa, y el espíritu de libertad que, á despecho del cesarismo, y acaso gracias á este régimen, adquiere cada día nuevas fuerzas (1). Pero aun no hemos llegado ahí; el viento sigue siendo favorable á la reacción. y en Francia depende todo del viento que sopla. Ha habido, sin embargo, algunos pensadores distinguidos que se han negado á someterse á una reacción llamada religiosa, en nombre de la cual ha proclamado el papa una nueva superstición: eran dos ó tres, y ni siquiera se entendían en el seno de este pequeño cenáculo. Uno era un filósofo eminente; pero su filosofía no podía atraer á los librepensadores, porque partía del pecado original; y no tenía tampoco atractivo para los creyentes, porque desnaturalizaba los dogmas interpretándolos. Bordas-Demoulin murió en el hospital; figura severa, admirable como carácter, con la abnegación del filósofo, pero incapaz de formar escuela. Dejó un discípulo, Huet, su amigo y compañero de armas. Lo hemos visto de cerca; y admirando la penetración de su inteligencia y el fervor de sus convicciones, no podíamos comprender cómo ideas contrarias, hostiles, inconciliables, la filosofía racionalista y la fecatólica, coexistieran en un mismo cerebro. La unidad ha acabado por reemplazar á esa especie de discordia, y el libre pensamiento es quien ha prevalecido.

¿Qué querían los reformadores, cuando el pequeño grupo era todavía, ó, por lo menos, se creía católico? Rechazan toda superstición, dice, aspi-

ran á adorar á Dios *en espíritu y en verdad* (1), en lo cual se separan abiertamente de los ultramontanos. Hemos citado en otra parte la impía expresión del conde de Maistre, que ve en la superstición un baluarte de la religión. No es esa la opinión de Bordas-Demoulin, que se subleva contra esa lepra de la fe con la energía de un alma piadosa: «La superstición, dice, destruye la religión y degrada al hombre, pues que le separa de Dios, de quien sólo depende naturalmente, y le hace esclavo de las criaturas, aun de las más viles, de sus caprichos y de sus vicios. Su espíritu y su corazón se despojan del conocimiento y del sentimiento verdadero de las cosas para llenarse de engaño y de desorden; su ser entero se pervierte y no vive más que de miseria, cuando en la religión no vive sino de grandeza.» Ya hemos dicho que el catolicismo nació supersticioso. Bordas-Demoulin lo confiesa: «En medio de la decadencia del imperio romano, en medio de la invasión de los Bárbaros y de la ignorancia que los acompaña, el cristianismo invadido por la superstición reproduce en muchos respectos la degradación pagana.» «Los cristianos, dice el abate Fleury, no difieren apenas de los judíos y de los infieles en cuanto á los vicios y las virtudes, sino únicamente en cuanto á las ceremonias, que no hacen mejores á los hombres», (2). Y tan cierto es que la superstición acompaña siempre al cristianismo tradicional, que los países más católicos son también los más supersticiosos. «¡Qué deplorable ejemplo, exclama Bordas-Demoulin, ofrecen España é Italia! En ellas florece la superstición, pero sobre las ruinas de la piedad, de las costumbres y de la libertad; allí reina la Virgen en lugar de Dios y de Jesucristo; y el facineroso que acaba de asesinar al viajero acude á los pies de la matrona á reclamar su perdón, mediante una parte de su sangriento despojo, y después vuelve al asesinato, tranquilo respecto de sus crímenes.» De tal modo ha pervertido el catolicismo el sentido moral, que no es raro oír á algunos escritores admirar esos rasgos y presentarlos como prueba de la profunda piedad de aquellos países, y de la bienhechora influencia que en ellos ejerce el culto de la Virgen. «Sin embargo,

(1) BORDAS-DEMOULIN et HUET, *Essais sur la réforme catholique*, p. v.

(2) FLEURY, *Moeurs des chrétiens*, c. LX.

(1) Escrito en 1867.